

El tsunami



Si atendiéramos solamente a las informaciones que insistentemente nos llegan a los ciudadanos desde un amplio abanico de medios de comunicación, llegaríamos fácilmente a la conclusión que el mundo apocalíptico de las catástrofes nos ha alcanzado de lleno. Sequías, hambrunas, terremotos, epidemias, inundaciones, incendios, huracanes, tormentas, tsunamis, plagas, desprendimientos, cambios climáticos... Toda una serie de fenómenos impredecibles e incontrolables (dicen), parecen relegar y sobrepasar en mucho otros problemas más sencillos e inmediatos que comparados con aquellos, no tienen significación alguna. El hambre, la guerra, el SIDA, el paro, etc. pronto ya no merecerán ninguna portada en los medios de comunicación. Entre la década de 1994 y 2003 se calcula que más de 600 mil personas fallecieron y al menos 2,7 millones se vieron afectadas por catástrofes que convenimos en llamar catástrofes naturales. La ONU calcula que esta cifra dobló con creces a las que se vieron afectadas en la década anterior y las pérdidas económicas en este periodo se sitúan alrededor de los 500 mil millones de euros. Al mundo que calcula las pérdidas en dinero, no obstante, no deben preocuparle en demasía estas pérdidas puesto que representaron en 10 años una cifra bastante parecida al presupuesto del complejo militar-industrial estadounidense solo para el año 2005 (580 mil millones de dólares). Para el conjunto de la Humanidad es una gran pérdida inmedible en dinero.

Frente a este mundo apocalíptico se nos ofrece la alternativa de la ayuda humanitaria para subsanarlo.

Una primera observación de los hechos, nos lleva a constatar, que el mundo que estamos construyendo afronta cada vez con menos eficacia la lucha contra estas catástrofes naturales, que éstas tienen una influencia muy negativa en sociedades inmersas en un proceso de empobrecimiento y desintegración social y que sus terribles consecuencias pueden compararse con las propias situaciones de desastre social por las carencias de trabajo, de alimentos, de salud, de agua potable, de educación... en las que sobreviven muchas sociedades humanas. La situación de empobrecimiento de muchos pueblos ya por si misma irreversible, se ve ostensiblemente agravada tras una catástrofe natural del tipo que nos ocupa. Probablemente, como así lo creen muchos científicos, también la salud de nuestro Planeta ha empeorado manifiestamente, de la mano de un modelo de progreso inasumible y desbocado que continúa

dramáticamente acortando el tiempo que los ciudadanos del mundo aún tenemos para enderezar la situación y hacer posible que continúe la vida para las generaciones venideras. Estos serían los hechos.

Pero un análisis más riguroso de esta situación, nos debería acercarnos a la comprensión de un pensamiento que está tomando fuerza en nuestra sociedad y que supone una gran regresión y parálisis. Paradójicamente en el sentido opuesto en el que avanzan las fuerzas del conocimiento humano, de la Ciencia y de la investigación, las fuerzas en las que cada día están implicados más sectores de la sociedad constructora, las fuerzas que llevan emprendido un camino de búsqueda de solución en los innumerables aspectos que corresponden a la vida y al bienestar de los seres humanos, las fuerzas que cada día nos revelan nuevos adelantos y descubrimientos... que nos acercan a vislumbrar la posibilidad de ser capaces de ser dueños de nuestro destino modelando de manera rigurosa y respetuosa los recursos de la Tierra y decidiendo y organizando el modelo de progreso que necesitamos; aparecen, en el sentido opuesto, las fuerzas retrógradas que nos devuelven al mundo dirigido por el azar, por la cólera de los dioses, por los desatinos de una naturaleza indomable e incontrolable que debe poner coto a nuestro desatino por habernos creído sus dominadores; las fuerzas ocultas y misteriosas que dirigen sin un rumbo prefijado nuestra vida, nuestra economía, nuestro propio pensamiento; fuerzas que ya no podemos intentar ni comprender ni dominar. Nuevos dioses incomprensibles e inalcanzables para los humanos, dirigen ya nuestras vidas. El hombre no es dueño de su destino.

Parece que hemos echado por la borda todo el arduo caminar de nuestra Historia en donde las sociedades humanas fueron capaces de avanzar y desarrollarse venciendo dependencias geográficas o climáticas, pestes, malas cosechas,...

En contra de la propia realidad que de manera inexorable empieza a ser el centro vital de la sociedad, la realidad científica, se nos propone la inmutabilidad de un destino regido por el azar de la naturaleza o de los designios de fuerzas misteriosas. El intento de ruptura con el esperanzador proceso emprendido por sociedades de siglos anteriores que consideraron que el camino que abría la Ciencia representaba un gran camino de revolución en la vida de los hombres y en el progreso de las sociedades parece haber triunfado. Brujos, sacerdotes, adivinadores, catastrofistas, misioneros salvadores, falsos naturalistas y humanistas, nuevos elegidos de Dios, nuevos miedosos de los nuevos interrogantes y de los nuevos sueños que se abren detrás de cada avance en el conocimiento humano se añaden constantemente a las filas de los que anuncian la llegada del mundo apocalíptico. La Ciencia (y nunca quienes son sus enajenadores) nos es presentada como el nuevo diablo para la sociedad.

Pero la sociedad científica es la que sabe detectar un terremoto, la que puede alertar de un tsunami, prever una erupción, detener una plaga de langostas, evitar pandemias, curar enfermedades, potabilizar el agua, convertir desiertos en parajes fértiles; la que sabe reconocer el camino que seguirán tormentas y huracanes; la que conoce con precisión las técnicas constructivas

de viviendas, presas, puentes, etc. para afrontar con mínimos riesgos de vidas humanas avatares atmosféricos o telúricos; la que sabe las maneras de producir grandes cantidades de alimentos, vacunas, mercancías y enseres cada vez de manera más eficaz y con el menor esfuerzo humano. La sociedad humana rebosa de recursos, medios y conocimientos para poder hacer extensible al conjunto de la Humanidad una existencia digna tanto como puede adentrarse ya en la exploración del Universo o en el conocimiento de las leyes que rigen los principios de la vida. Hasta tal punto ha avanzado el conocimiento humano que tenemos noticias de experimentos exitosos realizados desde el año 1990 dentro del programa High Frequency Active Aurora (HAARP) para el control y alteración del clima por medio de calentamientos deliberados de la ionosfera. Aunque el actual enajenador de estos avances científicos sea el departamento de defensa norteamericano con Raytheon y BAE Systems (dos corporaciones armamentistas) es esto es una muestra de nuestra capacidad para modelar a nuestro favor el hábitat en el que vivimos. No es ciencia ficción la posibilidad que tenemos de domesticar corrientes marinas, huracanes, hacer llover en zonas desérticas etc.

La sociedad humana tiene los medios suficientes para prevenir los efectos que puede ocasionar cualquier catástrofe natural como la ocasionada esta vez por el tsunami en las costas del Océano Índico. No estamos en un periodo apocalíptico, como nos intentan hacer creer, sino por el contrario en un periodo en el cual la Humanidad puede emprender un camino de progreso extraordinario. La sociedad humana, tiene también medios suficientes para remediar de manera decidida, rápida, organizada y eficaz las consecuencias de una catástrofe de este tipo, si tuviera lugar, si fuera capaz de superar la organización de un mundo dividido, parcelado y dirigido por las grandes corporaciones mundiales, sus gobiernos y sus instrumentos organizativos solo en pos del beneficio privado. La organización y la producción para la vida están irreversiblemente opuestas a la organización y la producción para el beneficio privado. La organización a escala global de la Humanidad, de sus recursos y de sus medios para poder afrontar de manera eficaz y colaboradora una situación de este tipo debe acabar con la ineficacia y la mezquindad de la sociedad del dinero aún dividida y parcelada en donde la competencia en post de un liderazgo mundial hegemónico se traduce para los pobladores de la Tierra en guerras y confrontaciones, en donde para que unos ganen otros necesariamente deben perder. En la capacidad de pillaje y de desintegración de una parte de la Humanidad reside la posibilidad de supervivencia de la otra parte. Estos, si pudieran crear los tsunamis, los crearían.

La sociedad del Capital no puede de ninguna manera hacer frente a ninguna situación de catástrofe natural: ni prevenirla, ni evitarla, ni subsanarla. Forma parte inseparable de su propia barbarie. Sus promesas de ayuda volverán a ser promesas incumplidas salvo las del dinero que dentro de esta dramática situación pueda seguir rindiendo beneficios. Mientras, centenares o miles de hombres y mujeres solidarios de todo el mundo verán cómo sus arduos esfuerzos son incapaces de subsanar la magnitud y la rapidez con las que se suceden una tras otra nuevas y nuevas catástrofes. No puedo criticar la

ayuda desinteresada que de una manera u otra ofrecen a las poblaciones afectadas ni menoscabar los pequeños éxitos alcanzados ante estas situaciones dramáticas. He de comprender que su actitud solidaria es el profundo sentir de la Humanidad entera. Pero debo clamar con fuerza: ¡No es el tsunami, es el orden social que nos sitúa indefensos ante el tsunami, ante el hambre, las guerras, la sequía, el SIDA, las langostas, el terremoto, la falta de agua potable, de electricidad,... ¡¡

Un orden social que empuja constantemente a centenares de miles de personas a malvivir en chozas insanas, prestas a derrumbarse ante los primeros temblores de la naturaleza. A construir sus barracas en lodazales y vertederos. Un orden social obsesionado por lanzar miles de satélites artificiales capaces de detectar al instante el lanzamiento de un misil enemigo, pero inútil para avisar a las poblaciones del avance del tsunami. Un orden social que contempla las grandes tragedias como una oportunidad para hacer grandes negocios.

España, un país lanzado a la vorágine del militarismo humanitario, (Kosovo, Afganistán, Irak, Haití e Indonesia) es un buen ejemplo de esta nueva moda carroñera de hacer negocio. Bajo la etiqueta de ayuda humanitaria, se concede el 90% de la ayuda a los países afectados por el tsunami del Océano Indico, en forma de créditos



"blandos" ligados a intereses comerciales españoles que generan deuda en los países receptores. Por ejemplo, Etiopía, Uganda y Camerún tuvieron que devolver más de 23 millones de euros de créditos FAD durante la crisis alimentaria, seis veces más que la ayuda recibida como donación. (Fuente, "Coordinadora de ONG de Desarrollo de España, CONGDE e Intermon-Oxfam).

Podemos convenir que aun estamos muy lejos de poder evitar las grandes catástrofes con las que la naturaleza asola los asentamientos humanos; sin embargo y con la misma seguridad, podemos también afirmar que sí podemos mitigar sobremanera sus efectos: técnicas de construcción de las viviendas como se practican en Japón para hacer frente a los terremotos, sistemas de detección marina de los tsunamis para dar tiempo a la población a evacuar los lugares costeros, refugios anti - huracanes como los de Estados Unidos, etc. Si no se hace así es porque la vida humana tiene escaso valor para el capital y sobre todo es terriblemente cierto cuando la vida es la de los pobres y los marginados.

Hace bien poco una ciudad, calificada de Santa por los creyentes del Islam, fue arrasada no por un tsunami sino por un ejercito que se auto-otorga

los calificativos de "liberador", "pacificador", "humanitario" y "justiciero". Es realmente muy difícil poder ver las imágenes de tal catástrofe, se cierran las puertas hasta a la Cruz Roja Internacional para que pueda socorrer a los heridos y se decreta el estado de queda para sus pobladores supervivientes. Los cadáveres de tal masacre yacen en medio de las calles durante días por que es peligroso darles sepultura. Falluha fue arrasada no por un tsunami ni por un terremoto de la Naturaleza, sino por el Capital. Nos estremecemos ante los efectos de las fuerzas de la Naturaleza y nos sentimos impotentes, pero con mucha más frecuencia nos vemos inmersos en otros muchos tsunamis en los cuales la Naturaleza no tiene nada que ver. Ante estos últimos que han llevado a la extinción a tribus, pueblos y culturas, no deberíamos sentir impotencia sino rabia, indignación y furia rebelde. Con la Naturaleza estamos atados para siempre, con el Capital ¡no!

Thor. Enero 2005